

EUROPA, UN DESEO NUEVO

ESTE DESEO NUEVO DE EUROPA es la sumisión del hombre europeo a una causa justa, a una valoración consciente de su coeficiente absoluto, no ya de salvación, sino de deseo.

Estos días hemos tenido entre las manos una obra de John A. Wilson sobre la cultura egipcia, que ha hecho saltar a nuestra actualidad cotidiana los nombres de Spengler y de Toynbee, como historiadores de conclusiones antagónicas, Wilson nos dice que los egipcios hicieron de su cultura un principio de consistencia inalterable, y que la historia del Egipto dinástico que arranca hacia los 3.100 años A. d. C. fue una historia de creación absoluta de medios, en todos los órdenes, dentro de las cuatro primeras dinastías — período que comprende unos seiscientos años, — y que después todo fue vivir de un pasado que con una proyección de 5.000 años se nos antoja fabuloso. Esta afirmación debe entenderse como valoración de los hechos esenciales en sí de la cultura egipcia, y no como una fuerza motriz que persistió hasta el total aniquilamiento de esta civilización.

Un ejemplo de lo que decimos fue el largo reinado de Tutmosis III, fundador del imperio, que llevó las armas y la cultura egipcia hasta la cuenca del Eúfrates, por toda la Palestina, la Siria y Asia Menor, rompiendo una tradición milenaria de aislamiento y de labor y efervescencia interna, sólo desvelada en el campo del comercio, y con esporádicas expediciones punitivas, sin ansias de crear un imperio fuertemente mantenido y rigurosamente controlado.

DESPUES DE ESTE INCISO diremos algo con brevedad de las ideas históricas de Spengler y Toynbee, lo que nos permitirá entrar acto seguido directamente en el motivo esencial que guía estas líneas, Spengler en su obra «La decadencia de Occidente» sustenta que las civilizaciones son de un complejo creacional indiviso e interno, y que las fuerzas de las mismas se agotan egocéntricamente no apareciendo en otras culturas. En una palabra, Spengler, con un concepto idealista de la Historia, considera al complejo civilizativo impermeable en sus principios básicos desde el comienzo hasta el final de una cultura, y sustenta que sus formas iniciales de pensamiento y de exclusión no vuelven a aparecer de nuevo. Cada cultura según el razonamiento de Spengler conoce un ciclo diferente unas «causas de origen» de «plenitud» y de «fin».

Contrariamente Toynbee vuelve el hecho al revés, dice claramente y sustenta en su «Estudio de la historia que «todas las civilizaciones son contemporáneas». Ello representa a que Toynbee establece un ciclo inamovible, aplicable a todas las culturas, convirtiendo a la Historia en un hecho matemático sin excepción posible. Sin entrar en más detalles que no caben en el propósito que nos hemos hecho al escribir estas líneas pasemos después de esta rápida visión histórica al motivo de las mismas.

ESTA OBRA SOBRE LA CULTURA EGIPCIA, y Spengler y Toynbee nos han hecho meditar sobre la posible solución, si es que estamos en época de soluciones, de la encrucijada en que se ve abocada la civilización de Occidente.

Primeramente debemos confesar que no creemos en absoluto en nuestra decadencia, por tanto en este aspecto no estamos con Spengler. Quizá sea — el nuestro un período intermedio, como lo fue todo lo

que sucedió en el cuerpo de Europa después de la invasión de los bárbaros y del hundimiento total del imperio romano. Entonces los resultados obraron como consecuencia de un principio de fuerza desatada que devastó el cuerpo, quebrantando el espíritu que yacía enfermo sobre el campo macilento de Europa, ¿La importancia de la dolencia del cuerpo, es directamente proporcional con la causa quebrantadora del espíritu? Los bárbaros con su reguero de sangre incontenible fecundaron el degenerado imperio de Roma. Hoy una esperanza cristiana debe mantener la cabeza alzada ante esta enfermedad espiritual que aqueja al conglomerado de pueblos europeos. La macilante Europa debe recibir en la cara un puñado de esperanza, y el apoyo de unos hombres fuertes que la aupen y que trabajen, casi diríamos, con rabia.

La pregunta que nos hemos formulado más arriba alcanza en su centro lo que nos hemos propuesto con estas notas. Su contestación es compleja, pero haremos un verdadero ensayo de fuerza para poder contestarla.

Es muy difícil, cuando el cuerpo enferma, mantener el espíritu inhiesto, y esta similitud biológica puede ser aplicada a un conglomerado de pueblos que forman una cultura. Ello sucedió en el período de la invasión de los bárbaros, que no fue más que un principio que precipitó el fin de la cultura de Roma. Los pueblos procedentes de las llanuras de Germania obraron como percutor sobre el decadente y agrietado mundo romano. El colapso romano fue ocasionado directamente en el cuerpo del imperio; sus logros culturales y su espíritu de derecho se salvaron por su propia fuerza energética que les había dado Roma en sus mil cuatrocientos años de vivencia civilizadora.

AHORA EUROPA TIENE ENFERMO el espíritu, pero queremos creer que su enfermedad no es grave. Su dolencia procede de una falta de unidad y de un afán de primacía de los valores esenciales de cada pueblo. El cuerpo de Europa, por contra, no está ni viejo ni cansado, sino que está en un estertor tenso y expectante. Pasamos quizá por un período de introvertismo del espíritu y esta tensión expectante de fuerzas redundará en una sonora y profunda explosión de esperanzas retadoras de signo emergente.

No esperamos algo determinado, sino que esperamos la propia realidad operativa de este mundo cuya razón de ser es la revulsión constante.

No esperamos de nuestras grandezas, sino que lo hacemos en la locura consciente de lo que rigurosamente «necesitamos» que no muera y continúe existiendo.

No esperamos de nuestra seguridad orgánica, sino en el grandioso colapso positivo de estas fuerzas que desconocemos, pero que nos empujan rugiendo hacia delante.

No esperamos, por fin, que Europa se estabilice con frialdad, se democratice, de una forma estética, se convierta en estado federado, donde el único símbolo sea una mesa redonda, sino que esperamos que sea consciente de su responsabilidad, y que cada hombre lance con fuerza su grito para construir, quizá, un enorme palacio de concordia.

LUIS BOSCH. C.